

DON MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ

¡POBRES NIÑOS!

¡No llores, niño inocente,
Porque el tapiz de tu lecho,
En mil harapos deshecho
No conserve tu calor;
No llores, no, si una madre
Tienes, que en su seno amigo,
Ofreciéndote un abrigo,
Te acaricia con amor!
¡Eres más feliz que el huérfano
Que duerme en cama suntuosa
Sin que sus labios de rosa
Cierre el beso maternal;
Que mientras él se desvela
Sin que le aduerma un cariño,
Tú le encuentras, pobre niño,
Y hallas alivio á tu mal!
¡Él no, y es un inocente
Como tú, y es tan hermoso
Como tú, y tan candoroso:
Los dos vivís una edad!

¡Y los dos lloráis: tú, pobre,
Lloras temblando de frío,
Y el otro llora, ¡hijo mío!...
Sin saberlo, su orfandad!
¡Ah! no lloréis, mis queridos,
Que hay para los dos un cielo,
Para los dos un consuelo,
Un manto para los dos!...
¡Hay una Virgen que vela
Por los niños desgraciados,
Y deja á los fortunados
Para que los vele Dios!

VILLANCICOS

¡Madre, á la puerta hay un niño
Más hermoso que el sol bello,
Y dice que tiene frío,
Porque el pobre viene en cueros!
—¡Anda, dile que entre,
Se calentará,
Porque en este pueblo
Ya no hay caridad!

¡Entra el niño, tan desnudo
El pobre, que del rocío
Con que le cubrió la noche,
Venía solo vestido!
¡El divino rostro
Muerto y sin color,

Y todo temblando
Que era compasión!

¡Así que le vió la madre
De la mano con su hija,
Echó á llorar con amor,
De lástima que tenía!
¡Que era buena madre
La pobre mujer,
Y á todos los niños,
Los quería bien!

¡Quiere cogerle en sus brazos
Y quiere darle mil besos,
Y la pobre no se atreve,
Y tiene al niño respeto!
¡Que tiene aquel niño
Tanta majestad,
Que á ella le parece
De Casa Real!

El niño que ha conocido
Que la pobre le temía,
Él mismo se fué á sus brazos
A recibir sus caricias,
Diciéndola tierno
Con divina voz:
¡El cielo bendice
Tu buen corazón!

¡Abrázame y dame besos
Porque me muero de frío,

Y los besos de las madres
Vuelven la vida á los niños!
¡Dame, dame besos,
Que quiero vivir
Contigo y tu hija
Quedándome aquí!

SONETO

¡Cuán bella sale la naciente aurora
Del fresco seno de los claros mares!...
¡Cuán bello el sol se inclina en los altares
De la noche feliz que le enamora!...
¡Cuán bella es la vespertina hora,
Cuando, al son de sus rústicos cantares,
Vuelve el pastor á sus agrestes lares
Y lágrimas de amor la luna llora!...
¡Cuán bello el cielo azul baña en reposo
A la luz de sus astros nuestra vida!...
¡Mas que hallará que le parezca hermoso
El que guarda en el alma dolorida,
Que halló feo y vacío y mentiroso
El corazón de una mujer querida!...

DON ANTONIO ROS DE OLANO

(Marqués de Guad-el-felú).

EN LA SOLEDAD

I

¡Madre naturaleza!... Yo que un día,
Prefiriendo mi daño á mi ventura,
Dejé estos campos de feraz verdura
Por la ciudad donde el placer hastía,
Vuelvo á ti arrepentido, amada mía,
Como quien de los brazos de la impura
Vil publicana se desprende y jura
Seguir el bien por la desierta vía.

¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,
Si árboles, flores, pájaros y fuentes
En tí la eterna juventud reparte,
Y son tus pechos los alzados montes,
Tu perfumado aliento los ambientes,
Y tus ojos los anchos horizontes?

II

Más precio en este valle y pobre aldea,
Términos de mi vida peregrina,
Despertar cuando el aura matutina
Las copas de los árboles menea;
Y al volver de mi rústica tarea,
Hora, en la tarde, cuando el sol declina,
Mirar desde esta fuente cristalina
El humo de mi humilde chimenea,
Que en la rodante máquina lanzado
Cruzar como centella por los montes;
Pasar como relámpago el poblado;
Robar, en fin, al péndulo un segundo,
Y en pos de los finitos horizontes,
Sentir la *Nada* al abarcar el mundo.

III

Hay junto á la ventana de mi estancia
Un laurel de la sombra protegido,
En donde guarda un ruiseñor su nido
Apenas de mi mano á la distancia:
Y entre el verde follaje y la fragancia,
Celoso, ufano, amante, requerido,
Dice su amor con lánguido quejido
Y dulce y elevada consonancia.
Las horas de la noche una tras una
En sigilosa hilera huyendo el día,
Siguen el curso á la encantada luna...
Y en esta soledad, el alma mía
Goza, sin envidiar cosa ninguna,
De su quieta y feliz melancolía.

IV

¿Qué fueron al gran Carlos sus hazañas
En la celda de Yuste recogido?
El quiso relegarlas al olvido,
Y ellas emponzoñaban sus entrañas.

Suele el que nace humilde en las cabañas
Dejar su techo, y olvidar su ejido,
Por el lucro del mar embravecido,
Por el sangriento lauro en las campañas.

Mas al recto varón que honró su historia,
Sin codiciar fortuna envilecida,
Ni envidiar de los Césares la gloria,

Un apartado albergue le convida
A esperar sin tormento en la memoria
La breve muerte de su larga vida.

EL SIMUN

La soledad lo aborta sin destino
Sobre el páramo inmenso del desierto;
A su presencia duélese el Mar Muerto
Y gime triste el campo palestino.

Con polvorosa crin borra el camino,
Y á su bochorno el caminante incierto,
El cuerpo tiende, el hálito cubierto
Del rauda y abrasante remolino.

¡Pasó!... Y el tigre bota en la candente
Arena, en que el león ruge erizado
Y silba y se retuerce la serpiente...

¡Pasó!... Y en la quietud del despoblado
La ciudad solitaria del Oriente
Llora con el Profeta su pecado.

LENGUAJE DE LAS ESTACIONES

EN EL INVIERNO

El hogar.

¿Ves, hermana, cómo acude
Tras la aficción el consuelo,
Sin que el corazón lo advierta
Ni lo procure el deseo?
Antes, al volver la vista
A la cruz del cementerio,
Vertías acerbos lágrimas
Con amargo desaliento;
Y hoy, con los ojos enjutos,
Pronunciando el Padrenuestro,
Han apartado tus manos
La nieve del santo suelo,
Donde de nuestros mayores
Yacen los mortales restos,
Cuyas almas inmortales
Te bendicen desde el cielo.
Se han cambiado tus sollozos
Y los ayes de tu pecho
En plácidas melodías
Que acusan otros afectos...
Y esa misma cantilena
Del ángel que guarda el sueño
De los niños, la aprendiste
En el regazo materno.

Nuestra madre te la dijo,
Abrigándote en su seno,
Con arrullo de paloma
Cuando ampara á sus hijuelos.
Y la rüeca, con sus flores
De siempreviva al extremo,
Y el huso de plata fina,
Con la inicial de su dueño;
Ese infatigable huso
Que tus delicados dedos,
Tras levisimo chasquido,
Lanzan con ágil gracejo,
Y ese copo bien peinado
Del lino de nuestro huerto,
Que vas desatando en hebras
De finísimo cabello;
La rüeca, el huso y el lino
Son que allá en mejores tiempos,
Al compás de las canciones
Del ángel que guarda el sueño,
Sirvieron á nuestra madre,
Al arrimo de este fuego,
Para hilar blancas madejas
De que luego se tejieron
Las sábanas de tu cuna
Y las de mi breve lecho.
¡Oh, piadosa hermana mía!
¡Cuán dulce contentamiento
Sentimos los dos ahora
En el altar del recuerdo;
En este hogar heredado
Llama de calor perpetuo

Que avivaban nuestros padres
Y sus padres encendieron!...
¡Así nosotros, hermana,
Venturosos herederos
De sus cristianas costumbres,
De su hacienda y de su techo,
Podamos legar el fruto
De sus honrados consejos
A hijos dignos de nosotros
Y dignos de sus abuelos!
Que en mal hora los que heredan
Olvidan sus venideros;
Y los que son en el mundo,
Porque sus mayores fueron
Poderosos en riqueza,
En la ostentación egregios,
Y disipan en festines,
Bajo artesonado regio,
Hacienda que no fundaron
Con su ciencia ni su esfuerzo,
Afrentan en ocio impuro
Honor que no merecieron.
Yo, á ejemplo de nuestros padres,
Hermana mía, prefiero
A manjares no soñados
Por el natural deseo,
Frugal mesa abastecida
Para el preciso sustento,
Con los frutos generosos
Que rinde al trabajo el suelo:
Y, al mirarlos sazonados,
Con la forma en que nacieron,

Servidos en blanca loza
Sobre limpísimo lienzo,
Digo con gozo en el alma,
Y en quien soy los ojos puestos:
«Aves son de mis corrales,
Que en mis corrales nacieron;
Corderos de mis ovejas;
Caza que abati en su vuelo;
Vino tinto de mi viña,
Trasegado, limpio, añejo;
Verduras de mi cercado,
Y frutas de mis injertos....»
Así Dios no me perdone,
Hermana, si te exagero:
Pero, si se me obligase
A optar entre dos extremos:
Vivir sobrado de fausto
Fuera del hogar doméstico,
O empobrecer mi comida
Aquí, al amor de este fuego,
¡Hermana! Dios no me ayude
Si no es verdad que prefiero
A dejar mi amado asilo,
Un negro pan de centeno,
Con las frutas arrugadas
Que guardas para el invierno.
Mas yo advierto que vencimos
Esta velada de Enero;
Y, pues nos anuncia el gallo
Que ha dormido el primer sueño,
Hermana, arropa la lumbre
Con la ceniza, y dejemos

La guarda de nuestro ejido
A mi leal compañero.
Ni asechanzas de la envidia
Ni injustas venganzas temo;
Pues, al fin, no tiene el hombre
Mejor amigo que el perro.

EN LA PRIMAVERA

I

La mañana.

Ungida en blando rocío
Despierta amorosa el alba,
Tímida beldad que en sueños
Su amante, el sol, busca y llama.
Claros sus ojos azules
De luminosas pestañas,
Al beber luz en los cielos,
La luz al suelo derraman.
Salúdala el Santuario
Con la voz de la campana,
Mientras le dice sus himnos
En los aires la calandria;
Y al influjo cariñoso
De su espléndida mirada,
Se esponja de amor la tierra,
La vida rie en las plantas.
Ancha clámide de nieve
Desprenden de sus espaldas
Los cerros, al anunciarse

De Abril la augusta mañana;
Y de las cumbres desciende
Libre, saltadora el agua,
En elegantes revueltas
Cintas de cristal y plata.

Recibe el amante valle
Con flores su desposada;
Y ella, tras húmedos besos,
Se aduerme entre verdes algas.
Las festivas, redolentes,
Ligeras brisas, resbalan
Sobre el mar ó sobre flores,
Entre el cielo y las cabañas;
Y se mecen halagüeñas
En mil idas y tornadas,
Bajo formas infinitas,
Del hombre las esperanzas.

Puesta la popa á la arena
Y la proa á la bonanza,
Dejando el refugio amigo,
Levadas las corvas áncoras,
Libra las turgentes velas
La nave de Dios fiada;
Que así la ambición fenicia,
Mostró surcando las aguas,
Cual las mercedes del suelo
Por oro en la mar se cambian.

El labrador que abrió el surco,
Y de sus trojes preciadas
Arrojó fértil semilla
Con mano atrevida y franca,
Cela la espiga naciente

Sobre campos de esmeralda,
Mientras que, libres del yugo,
Los tardos bueyes descansan.

Óyense alegres canciones
De las rústicas zagalas:
Amor las pone en sus labios,
Bien sentidas, mal calladas,
Ecos que acaso responden
En su delectable pausa
A las trovas que en la noche
Profirió la serenata...
Y aun dicen que la doncella,
Desde la puerta foránea,
Al huir la blanca luna
De la aurora sonrosada,
Sorprendió junto á la reja,
Defensa de la ventana,
Donde no llegan los labios,
Aunque los ruegos alcanzan,
Al amante que allí puso,
Como regalo á la *Maya*,
Ramos de fresca verbena
En generosa guirnalda.
¡Oh naturaleza! ¡Oh madre!
Cuando presentas tus galas,
Amor encuentra do quiera
Sus ofrendas y sus aras.
No de otra suerte á tu influjo
La entumecida crisálida
Rompe la mística celda,
Y en metamorfosis rápida,
De oro y de carmín lucientes

Despliega veloces alas,
Y vuela al altar de Flora
En nueva vida agitada:
Gusano ayer en su cárcel,
Gira libre, inquieta, vaga,
Cual si, guardando memoria
De su brevedad pasada,
Sintiera que no le cabe
Gozar delicias tan anchas.
Muge la esbelta novilla
Desde el otero á distancia;
Primer celo en que se enciende
Al pacer la verde grama...
Suma de gala y de fuerza,
Monstruo de fiereza y gracia,
El toro al clamor amante
La frente adusta levanta.
Por más saciar el olfato
Las hondas fosas dilata:
Enhiestas las finas puntas,
Rueda la hirviente mirada:
Juega la flexible cola
Con ondulantes lazadas;
Y, azotándose los flancos,
Cual con serpiente irritada,
Rayo que en trueno responde
Pronto al imán que le llama,
Rápido como el relámpago,
Parte, arrolla, triunfa ó mata.
Los árboles se columpian
En el seno de las auras;
Las aves pueblan el éter;

Los ríos serenos pasan...
Y, en tanto, un eco distante,
Que el viento interrumpe á ráfagas,
Trae y lleva los acordes
De la primitiva flauta.
Son los de la edad de oro
Trinos de la flauta pánica,
Recreación de pastores,
Mientras pacen sus manadas
Y véense en libre careo
Correr del monte á la falda
Menudas, ágiles, limpias,
De vario color pintadas
Generación de Amaltea,
Las mil esparcidas cabras.
Y, en medio al vario conjunto,
Señor entre sus esclavas,
Celoso barbón hirsuto,
De corona esparramada,
Y olor genial, que denuncia
A los machos de su raza,
Dispensador de favores,
Dejando va por do marcha
Vapor de naturaleza,
Dulce á sus hembras ingravidas.
¡Horizontes de la vida!
¡Limitaciones humanas!
Tal traéis á la memoria
Las religiones pasadas!
Tal veo en el templo egipcio
La adoración humillada
Ante el símbolo monstruoso

Del padre de las cabañas;
Y aun más cerca á los sentidos,
Contemplo en Grecia hermanadas
Deformidades cupídicas
É idealidades de estatua,
Y el mito erótico, en donde
Triunfa del vigor la gracia
Tras la lid voluptuosa
Apenas significada,
Si el torpe bruto rendido
Tan flojamente se amansa
Que sobre sus rudos lomos
La gracia gentil cabalga.
Así, al contemplar de lejos
La mar tranquila, rizada
De nivea espuma, que en iris
Los rayos del sol desata,
Páreceme ver que nace
De las ondas azuladas,
Bella cual si á mi deseo
Mi libertad la evocara
Y á mi voluntad surgiera,
Sensible diosa pagana,
La Venus chipria, meciéndose
En leve concha de nácar;
Por cendal de sus contornos
Las sueltas madejas áureas;
Con pompa de blancos cisnes,
Que sumisos la acompañan,
Y Céfiros y Nereidas
Que la acercan á la playa.
Óigo el plácido concierto

De los orbes en la estancia
Del Infinito, do viven,
Giran, se atraen y se aman;
Y esa sublime armonía
Es el suspiro, es el habla
De la Creación entera
Que suspira enamorada.

II

La Golondrina.

¡Bien venida la inocente
Huésped, de donde quiera
Que llegue al humilde techo
Del triste que la desea!
¡Oh mi mansa golondrina!
¡Oh mi dulce forastera!
¡Bienvenida! A tu llegada
Mantuve abierta la reja;
Tu trino suena en mi oído;
Tus alas, con las esencias
De otras auras de otros climas,
Mi frente árida refrescan;
Y con versátiles giros
Las vigas añosas cuentas,
Y reconoces la estancia
Donde tus hijos nacieran.
¡Aquí fueron tus amores,
No turbados por la fiesta
Ni por el llanto; aquí fueron,
En la paz de esta vivienda!

Allí tu nido te aguarda;
Tus hijos no lo recuerdan:
Tú vuelves á visitarlo,
Y yo lo guardé en tu ausencia.
Pliega tus nítidas alas,
Y tus leves plumas peina;
Reposa, mi peregrina,
Mi huésped y compañera.
¡Quién sabe! Acaso tu vuelo
Posaste la vez postrera
En la ascética, ignorada
Choza del anacoreta.
De Tierra Santa tal vez,
Nueva peregrina, vengas,
Y del Líbano doblaste
Ayer las cumbres excelsas.
¡Quién sabe! Tal vez ha poco
Que, del Sinaí en la cresta,
Oías los regios salmos
Que la religión eleva.
Acaso en Jerusalén
Tus últimos hijos quedan,
Nacidos junto á un pesebre,
Como el Redentor naciera.
Las sublimes soledades
De aquella cristiana tierra
Cruzaste tal vez, llevada
Del simun en la carrera.
Tal vez en la Palestina,
Do el sol enciende la arena,
Rompiendo la estiva calma
Jadeabas pasajera ...

O bebiendo en el Jordán
Del agua de la pureza,
Para alentar tu camino
Sobre la triste Judea,
Volaste en torno á las tumbas
Do reposan los Profetas,
Y en el sepulcro de Cristo
Se oyó tu mística queja.
¡Quién sabe! Acaso rasante,
Desempulgada saeta,
Mediste de un solo sulco
La ya derrumbada Grecia;
Ó acaso de populosas,
Profanas ciudades vengas,
De bordear los palacios
Que te cerraban sus puertas,
Para que los artesones
De esmalte y oro, y las regias
Randas y tapicería
Que al lujo tributa el persa,
Y los jarros de la China,
Y las lunas de Venecia,
Tu nido de pobre barro
No manchase ni ofendiera!
Si así es, mi peregrina,
Noble avecilla, los deja:
¡Inhospitales son
Los magnates de la tierra!
Tuerce tu rumbo del centro
A que afluye la riqueza;
Que es el hombre en la fortuna
Menos humano que fiera.

El escándalo del rico,
La risa de las ramerías,
La orquesta de los saraos,
Los clarines de la guerra,
Los tumultos, gritería
Y ceremoniosas fiestas,
Estruendos son ofensivos
A tu sencilla existencia.
Libre en el aire del campo,
Cuando la aurora despiertas
Y con las primeras sombras
Del crepúsculo te albergas:
Los gozadores del mundo,
Los que esas ciudades pueblan,
Cierran sus ojos al día;
La noche los desenfrena.
Tú eres la hija del ambiente,
Y del alba, y de las frescas
Floreceñas amorosas
Que Abril y Mayo despliegan.
Familiar, pura y sencilla,
Dios no puso en tí defensa,
Y dijo, porque te amaran:
«Anuncia la primavera,
Y engéndrese en tí el instinto
De la emigración, y lleva
Tu mensaje á cien regiones,
Sin errar nunca la senda.
Cruza mares y desiertos,
Las ruinas visita, y llega
Al asilo en donde mora
La paz en santa modestia.»

¡Y fuiste! Y sin duda el dedo
De la sabia Omnipotencia
Trazó en el aire el camino
Que á cien regiones te lleva.
Misterios son tus jornadas,
Viajes de escondida ciencia,
A donde sólo te sigue
La inspiración del poeta.
¡Oh mi mansa golondrina
Y mi dulce compañera!
¡Bienvenida seas al techo
Del triste que te desea;
Y así tus hijuelos guarden
Memoria de mi vivienda,
Como yo de tí me acuerdo
En los meses de tu ausencia!

DON JULIÁN ROMEA

ELLA

Vuelve á mi mente encendida,
Vuelve, recuerdo adorado:
Tú del corazón llagado
Embelleces el dolor,
Como el mágico preludio
De la lira del Profeta,
Como al alma del poeta
El primer sueño de amor.
Yo la miré, dulce, bella,
Como la flor en su broche;
Como el astro de la noche
Melancólica vagar,
Y pura como su rayo,
Que en los aires se dilata
Y blanca lluvia de plata
Se desliza por el mar.
Con lágrimas de mis ojos
Mi corazón la llamaba;
Al hombre que la adoraba
Volvió su dulce mirar;

— 291 —

Y cual ancha catarata
De los cielos desprendida,
Bajó un torrente de vida
Mi corazón á inundar.
Y huyeron mis tristes sueños,
Y mis noches de quebranto,
Que vino á secar mi llanto
Su acento consolador;
Y resonó en mis oídos
Como un suspiro del cielo,
Como el misterioso vuelo
Del arcángel del Señor.
Y esa voz idolatrada,
Su amor, su amor me ofrecía,
Que arrebató el alma mía
Con volcánico poder;
¡Su amor! hombres, ¿lo escuchásteis?
¿Hay algo que valga tanto?
Tierra de amargura y llanto,
¿Qué me puedes tú ofrecer?
La gloria del que en su lira
La Jerusalén cantara,
Y cuya frente adornara
Ancha aureola inmortal;
O el sepulcro de Virgilio
Sobre el que el laurel se inclina,
Y que el Vesubio ilumina
Como un inmenso fanal:
La gloria del gran soldado
Que los hombres no vencieron,
Y cuyo lauro tejieron
Jena, Marengo, Trancín;

Del que se alzó sobre el mundo,
Y triunfando en todas partes,
Volaron sus estandartes
Del ancho Sena al Kremlin.
¿Qué es el poder, y sus tronos,
Y sus altivas murallas,
Y el laurel de las batallas,
Y la alta gloria inmortal,
Ni el hondo mar encerrando
De sus perlas el tesoro,
Si ella me dice «te adoro»
Con su labio celestial?
¡Ángel de amor!... Para siempre
Mi alma á la tuya unida!!
Mira, tal vez de la vida
En el último escalón,
Verás tu imagen mudada
Bajo la arruga enojosa...
¿Quieres verla fresca, hermosa?
Búscala en mi corazón.
Sí, que allí junto á la tumba
Mis recuerdos lisonjeros
Como en mis años primeros
En mi pecho se alzarán;
Siendo mis cabellos blancos
Sobre mi frente arrugada
Blanca nieve amontonada
Sobre el hirviente volcán.
Mas si una temprana muerte
Entre nosotros se lanza
Y seca en flor la esperanza
De mi ardiente juventud;

Tú que oíste de mi alma
El juramento primero,
Escucha el voto postrero
Que sonará en mi laúd:
«Cuando de la eterna noche
En la inmensidad perdido
Pase el viento del olvido
Por mi esperanza y mi amor,
Solo te pido, pues fuiste
Luz de mi vida, mi gloria,
Un suspiro á mi memoria
Y á mi sepulcro una flor.»

Á ZARAGOZA

¡Salve, noble Ciudad y valerosa,
Cuya frente gloriosa
Ceñida de laureles se levanta!
¡Tú, que en la guerra santa
De Independencia nacional te alzaste
Y al águila altanera
Paraste en su carrera
Y su tremendo empuje rechazaste!
¡Tú, que sin otras armas
Que el pecho de tus hijos por escudo
Volaste á la victoria
Escalando las cumbres de la gloria,
Zaragoza inmortal, yo te saludo!
Y al contemplar mis ojos
Esas deshechas torres,
Y tu frágil muralla derribada,

En propia sangre y del francés bañada,
Tus hechos memorables
Mi mente acalorada
Vivos se representa,
Y al corazón acude arrebatada
La sangre aragonesa que me alienta.
Y santo y noble orgullo el pecho inunda
Al recordar que entre su noble ruina,
Padrón glorioso de española audacia,
No envidian el Portillo y Santa Engracia
Palmas de Marathón y Salamina.

A la apacible sombra
De tus álamos blancos reclinada;
Del Ebro caudaloso
Por las corrientes limpidas bañada;
Rodeada de mirtos que mecían
Las auras del Moncayo,
Y de tiernos pimpollos que se abrían
Del Sol naciente al amoroso rayo,
Descuidada y en paz, feliz matrona,
En brazos de tus hijos reposabas,
Y en tu frente purísima ostentabas
Tu entonces ya magnífica corona.

Un grito de repente
Llega hasta tí de inesperada guerra,
Unido al que doliente
Baja de la alta sierra
Tremendo á publicar que extraña gente
Entrando va tu profanada tierra:
Y como el ronco trueno
Al relámpago sigue, al triste grito
Sigue de cerca el rechinar horrible

De trenes y cañones,
Y el rudo galopar de los caballos,
Y el pisar de apretados batallones.
«Alto, á lidiar; ¡traición! á mí, hijos míos:
»¡España y Libertad», fiera gritaste;
Y acudieron sus almas generosas,
Y tú sobre sus frentes valerosas
La santa cruz del Salvador alzaste.

Dignos de tí vinieron
Los que tu brío acometer osaron:
Que á tal no se atrevieron,
Ni delante de tí se presentaron
Con la frente serena,
Sin que antes á la Europa avasallaran
Y sus doradas águilas orlaran
Verdes laureles de Marengo y Jena.

Así es mayor tu gloria:
Los que vieron cual frágiles aristas
Caer cetros, y reyes, y naciones
Hollados en las rápidas conquistas
De sus bien enseñados escuadrones,
Con asombro y respeto
Ven á tus hijos fuertes
Que entre el ronco clamor de la batalla,
Y al seco redoblar del parche herido,
Y al tremendo rugir de la metralla,
Y del que expira al fúnebre alarido,
Y al crujir espantoso
Del desplomado techo,
Tras la vigilia de la noche larga,
Tranquilo el corazón, desnudo el pecho,
En confuso montón van á la carga.

Y una vez, y otra vez, el choque rudo
De la aguerrida gente rechazando,
Y un muro de cadáveres y escombros
En la rasgada brecha levantando,
A los pueblos asombras,
Que en tí sus ojos fijan,
Y de Entenza y de Flor las nobles sombras
En tu gloria inmortal se regocijan.

Esos tus bravos hijos
Dignos hermanos son de los que un día
Con increíble arrojo,
Desafiando el hambre y el cansancio,
Ante las barras de Aragón ilustres
Temblar hicieron á la gran Bizancio.

Eterna vivirás, oh Zaragoza:
Y para el pueblo que en futuros tiempos
Oprimido se sienta,
Y en las páginas limpias de la historia
Tu valor sin segundo lea escrito,
De santa guerra y de futura gloria
Tu immaculado nombre será el grito.
Sí, que ya en nuestros días
Otra ciudad valiente
Tus ejemplos magnánimos imita:
A sacudir el yugo que la agobia,
Entre ríos de fuego moscovita
A tu nombre inmortal lidia Varsovia.

Honor á tí, que en tan horribles pruebas
Tu fama eternizante,
Y briosamente ganaste
De invicta el nombre que glorioso llevas:
Invicta, sí, invencible;

Que si tu puro suelo al fin pisaron,
Fué porque juntos sobre tí cayeron
La peste, el fuego, el hambre,
Y en tus entrañas su furor cebaron:
Los rigores del cielo te postraron;
Las fuerzas de los hombres no pudieron.